

SANTIAGO LÓPEZ PETIT

# El gesto absoluto

*El caso Pablo Molano:  
una muerte política*

## ÍNDICE

I. Una piedra arrojada a las aguas tranquilas .....	9
II. ¿Cómo acertaste a llegar hasta aquí? .....	23
III. Hacia una teoría política .....	29
IV. El gesto radical .....	47
V. La alianza de amigos .....	57
VI. Una vida desencajada por la vida .....	77
VII. El suicidio como gesto absoluto .....	89
VIII. La BIFURCACIÓN .....	101
IX. Apurar la vida .....	111
X. Hacia una situación sin salida .....	123
XI. La reapropiación de la muerte .....	137
Agradecimientos .....	143
<i>Pressentiment</i> n.º 5 .....	145

CUANDO PABLO MOLANO HUYÓ DE la sala de espera del hospital y decidió suicidarse no estaba loco.

Cuando en clase de filosofía propuso, ante la sorpresa de los demás estudiantes, traer una llave inglesa para arrancar las sillas que estaban fijadas al suelo y así poder formar un círculo con ellas no estaba loco.

Tampoco estaba loco cuando con un grupo de amigos decidió okupar una casa con la finalidad de abrir una universidad libre.

No, no estaba loco, pero sus locuras abrieron puertas y ventanas en la pared de cemento gris.

I.  
UNA PIEDRA ARROJADA  
A LAS AGUAS TRANQUILAS

PODÍA HABER SIDO CUALQUIERA.

Cada cuarenta segundos se suicida una persona en el mundo. Diariamente diez personas se suicidan en España. Son las gotas del malestar que rezuma el mundo y que caen sin hacer ruido en un cauce seco calcinado por el sol.

Más exactamente. Podía haber sido cualquiera de nosotros. Como Guccio en Italia, Antoine en Francia, Alexi en Bélgica, Hugo en Canadá. O más cerca nuestro, en Barcelona: Andreu, Patricia, Blai, Liu...

NO VOY A HABLAR del amigo, del compañero Pablo. Quiero hablar del «caso Pablo Molano». No se trata, por tanto, de un homenaje a Pablo Molano,\* que no lo hubiese querido. He procurado ser máximamente fiel no tanto a él como a la vida política que él encarnaba. He procurado ser fiel, sobre todo, a lo que de más anónimo e impersonal había en su vida. Quisiera escribir, pues, desde una interioridad común que es la del querer vivir cuando mira hacia sí mismo. Esta interioridad común que nos permite decir: «No saben cuántos somos, y nunca podrán contarnos». Esta interioridad común que fue brutalmente sacudida con su muerte, pero que supo reapropiarse de ella.

---

\* Pondré en cursiva las palabras de Pablo Molano sacadas ya sea de textos, de videos o de conversaciones con amigos. En el apéndice final agradezco la colaboración y ayuda recibida.

CUESTA ADMITIRLO PERO EL capitalismo ha conquistado plenamente la realidad, y parece aniquilar metódicamente todos los intentos de acabar con él. Los antiguos debates que anunciaban las causas de su crisis definitiva —terminará por quedarse sin mercados en los que expandirse, no podrá con la sobreproducción que le es inherente, la caída de la tasa de ganancia será imparable— resultan aburridos pasatiempos incluso en su forma más actualizada, cuando sabemos muy bien que la crisis es la forma de existencia del capital. Si el orden tiene en su propio centro el desorden, y eso es lo que le confiere permanencia y estabilidad, la crisis cumple la misma función al convertir el obstáculo en un límite que puede ser superado. El gran obstáculo que se levanta frente al capital es la clase trabajadora. Más exactamente: son los trabajadores cuando se resisten a ser esclavizados mediante el salario. La lucha de clases empieza propiamente con este enfrentamiento, y el sueño del capital será siempre llegar a prescindir del trabajo vivo para hacer de la acumulación un proceso inexorable.

En esta historia existen dos momentos clave. El primero es cuando Ford, observando como funcionaba un matadero, inventa la cadena de producción. Al introducir la cadena de producción en la fábrica, el capitalista volvía a ser el verdadero Amo puesto que, por un lado, suprimía el contrapoder ligado a la destreza del oficio, y por otro lado, eliminaba desplazamientos y tiempos muertos. A Ford le gustaba repetir «andar no es una actividad que dé dinero»

y efectivamente, con su invento, consiguió acabar con esta pequeña molestia. Es así como el movimiento perpetuo tan ansiado por el capital quedó incrustado en el corazón de la producción, y a la vez, el trabajador quedó despojado de su mono azul y convertido en un consumidor. Porque con la masificación de la producción se abrió también la puerta de la sociedad de consumo. El segundo momento es cuando el capital se da cuenta, como consecuencia del ciclo de lucha de los años setenta, de que este movimiento perpetuo para ser verdaderamente irresistible no puede tener su motor fuera, sino que debe estar en su propio interior. En el fondo, la cadena de producción es sumamente vulnerable, ya que basta la acción de muy pocos para que se detenga. El capital comprende, pues, que la explotación más perfecta y segura es la autoexplotación. Y enseguida reacciona: «Otra manera de andar es posible». Si andar significa «andar cada uno en pos de su vida», es decir, estar siempre movilizado y activo, en definitiva, trabajar la propia vida para hacerla rentable, entonces este automovimiento puede ser la garantía del buen funcionamiento de la máquina capitalista. Convertir al trabajador en un consumidor fue la primera mutación inducida. La segunda fue transformarlo en emprendedor, en un pequeño empresario de sí mismo. Y si la cadena de producción jugó un papel fundamental en el primer caso, la innovación que hoy día nos pone el capitalismo en lo más íntimo de nosotros mismos, será internet. Internet al facilitar una exposición total y el correspondiente conjunto de contactos, permite que nos constituyamos en un auténtico Yo marca, en verdadero capital humano. Eso o una sombra estigmatizada. La lucha de clases no desaparece, solo esconde su dimensión vertical y se extiende horizontalmente. El éxito definitivo del poder se alcanza cuando se confunden la autovalorización capitalista con la autorrealización personal, y la explotación se disfraza de economía colaborativa.

II.  
¿CÓMO ACERTASTE A  
LLEGAR HASTA AQUÍ?

LOS MILITARES ALLANARON LA casa y se quedaron dentro a la espera de que tu padre llegase. Lo buscaban para detenerlo. Mientras le aguardaban, levantaron el suelo buscando armas o cualquier indicio acusatorio. Tenías seis meses. Tu madre que te protegía no quería dejarte solo. Insultos, amenazas. Miradas feroces. Querían llevársela. Deje su niño aquí y venga con nosotros. Queremos hablar con usted. La madre se negaba. La vida era combatir con tu propia sangre la sangre que el Estado causaba. Más tarde, con los llamados «falsos positivos», hasta la sangre de los inocentes se pudo vender, y el Estado pagaba el precio estipulado. El horror proseguía su marcha ininterrumpida y la ausencia de luz no bastaba para entender la oscuridad.

Entre la legalidad y la ilegalidad se hacía difícil vivir. Enfermabas a menudo. Cuando el cerco se estrechaba y se oía el eco de las pisadas, tu madre decidió marchar a Cuba donde había amigos que podían ayudarle. Durante cinco años allí fuiste feliz. Jugabas en la calle con los que tú llamabas «mis hermanitos» y en la isla bebías el aire cálido de tu libertad. Al llegar la noche, y solo porque tu madre te llamaba, regresabas a casa. Pero ese aire no era bastante para los dos. Tu madre no quería resignarse a una vida cómoda de estudio, y en Cuba le faltaba espacio. El retorno a Colombia fue muy duro para ti porque era como si te hubieran arrancado de tu propia casa, de esta vida auténtica que solo un niño puede entrever, y que jamás se recupera. Durante los seis años siguientes, tu

madre escribió junto con dos compañeras un libro sobre Jaime Bateman, el fundador del grupo guerrillero M19 en el que ella misma había militado. Pero el Estado seguía matando, y el trabajo de mediación que ella realizaba carecía de sentido. Era una madre sola que luchaba por mantener la cabeza erguida en una situación de desolación. Finalmente, decidió aceptar una beca, y aunque se sentía triste, viajó a Barcelona.

Tu futuro eran retales que se deshilachan cada vez que querías agarrarlo. Niñez robada. Niñez unida a un manantial del que brota agua teñida de sangre. Tu venganza será rebelarte. Rebelarte contra el desarraigo, contra la sociedad y contra tu madre. En el odio autodestructivo de una pandilla encuentras un refugio. Las detenciones se suceden. También las entradas en la cárcel. Eras una de estas vidas condenada a chocar una y otra vez con el poder y que, finalmente, se hunde en la ciénaga de los sin nombre. Tu madre al ver impotente como la vida te hería —porque las amistades de la pandilla también eran vidas heridas— concertó un encuentro entre tu padre y tú en la ciudad de Ámsterdam. Este encuentro que fue muy breve, te devolvió la memoria de los tuyos y consiguió arrancarte de esta noche. Cambiaste radicalmente, y al asumir tu propia vida, pudiste descubrir tu lugar en el mundo. Desde la cárcel holandesa en la que pasaste una semana porque no tenías papeles, escribiste una carta a tu madre en la que le anunciabas que estabas leyendo *Cien años de soledad*. Su felicidad fue inmensa. Con la memoria histórica supiste de la alegría que hay en la lucha, pero también recibiste la brutalidad de lo vivido y la exigencia de fidelidad que desde este instante te acecharían.

Regresas a Barcelona y te alejas de la pandilla. En un año terminas la eso. Trabajas y estudias. Quieres aprender cine en Cuba. Empiezas a cursar filosofía. Decides ir a vivir a una casa okupada. A

III.  
HACIA UNA TEORÍA POLÍTICA

NO HAY OBEDIENCIA SIN LA decisión previa de obedecer. El miedo hace bajar siempre la mirada, y el mundo entonces se aleja. Se oscurece. La rebelión, en cambio, si bien exige también una decisión pues no hay rebelión sin la decisión de rebelarse, genera una subjetividad espantosamente clara. Ya nada podrá curar a un hombre del recuerdo de esa luz absoluta que mataría a un ciego. Al chocar con el mundo, este se hace diáfano como si lo iluminase el resplandor de un rayo. Ocurre, sin embargo, que esta subjetividad vívida se llena pronto de dudas. En verdad de una sola duda. La duda que desde La Boétie a Artaud ha asaltado a todos aquellos que no han querido ceder. «¿Por qué los que son muchos obedecen a Uno?» (La Boétie). «La sociedad tiene contra nosotros la fuerza... Pero no se trata de un hecho, es solo una idea. Es una idea simple y falsa metida en nuestros cuerpos que desde hace tiempo nos oprime y, pues, ¿qué esperamos para hacerla saltar?» (Artaud). La duda atenaza y encierra lo que escapa a la forma. Aunque la duda, la propia duda, también sacude y empuja a presentir otro mundo. La única alternativa es que no hay alternativa.

«Tenemos que hacer algo ya».

Recuerdo perfectamente el día en que Pablo dijo la frase *Tenemos que hacer algo ya*. La reacción de la asamblea fue de un cierto desagrado. Primero, hubo un profundo silencio cargado de abu-

rrimiento, y después unas breves risas burlonas que se apagaron cuando alguien siguió hablando. Gracias a este aprendiz de tertuliano, la irrupción de aquella afirmación quedó borrada. El abismo se cerró, y dejamos de caer por esa caída que nos hunde vertiginosamente en el tiempo finito.

La historia de la humanidad no empieza luchando por la libertad sino contra los límites que la aferran.